

## **BUBBUCH**

Mi nombre no importa. Sólo diré que en una ocasión, mientras tomaba café en un bar cercano a la galería de arte que regento, se acercó a mi mesa un conocido y me dijo que parecía Fernando Pessoa. Lo dijo en un tono liviano, a modo de saludo, y así lo recibí yo. Tal vez ese incidente me defina mejor que cualquier descripción minuciosa.

Las mañanas transcurrían sin sobresaltos. Atendía a algún cliente interesado en el valor de un cuadro (económico, se entiende, vivimos entre gente mediocre), y regresaba a mi mesa, desde donde respondía a las llamadas de los marchantes de arte, esos pájaros que viven entre la delicadeza y la carroña. Jamás entretenía los ratos muertos, que eran muchos, con la relectura de alguno de mis autores predilectos. Sobre mi mesa, había siempre un volumen con la fragante prosa de Lezama Lima, como si con ello compensara de algún modo la sobriedad de mi apariencia. Sin embargo, prefería participar en todas aquellas indignidades mercantiles como un cuervo más, sin recurrir a la literatura o a cualquier otro anestésico. Leer a Restif de la Bretonne, y regatear al mismo tiempo mi comisión a un pintor, me resultaba de una obscenidad insoportable.

Aguardaba a que llegase el mediodía, e iba haciendo hambre. Ésta no es una sensación unívoca como se cree, si no que puede matizarse, como puede matizarse el modo de satisfacerla. Y no hablo del gusto, sino del hambre misma. Cuando era niño, y llegaba a casa después de haber pasado toda la tarde jugando al sol, y sudando, buscaba en el armario de la cocina un biberón que guardaba mi madre de cuando era un bebe, lo llenaba lentamente de agua helada, y la percepción de mi propia sed, antes absoluta e insoslayable, se hacía sutil y refinadamente dolorosa. La boca se secaba ante la inminencia del frescor, pero el alivio sólo llegaba a poquitos, en cada chupetón, angustiosamente. Cualquier lector colegirá, sin demasiado esfuerzo, que ya entonces mi obsesión era trascender la animalidad, transformar el puro instinto en deseo.

Las mañanas eran un peaje poco elegante pero, desgraciadamente –mis padres no me legaron una renta suficiente como para vivir sin trabajar-, necesario

para financiar mi felicidad. Porque yo era un hombre feliz, y si alguien me confundía en la cafetería con Pessoa era porque yo soy, por naturaleza, un hombre discreto y siempre me ha parecido de mal gusto abrumar a los demás con un estado de ánimo exaltado. Ahora, sin embargo, toda mi flema apenas alcanza para disimular tanta agonía. No culpo a nadie, si acaso al Ramadán y a Egon Schielle, pero quizás atribuir a esa combinación adventicia, por muy funesta que nos parezca, mi aflicción actual, no sea más que una excusa endeble, y lo que es peor, una superstición intolerable. Pero tal vez resulte menos enojoso comenzar mi historia describiendo el contenido de mi felicidad.

La casa, al mediodía, olía a rosas de Damasco, a raíz aromática de lirio del Atlas, a canela. Farida me invitaba a hacer mis abluciones en un lavabo de plata, en el jardín, y después de enjugarme las manos con una toalla, levantaba la manta que cerraba la Jaima para que entrase en ella. Dentro todo tenía esa leve densidad de lo confortable: las alfombras bajo los pies descalzos, los mórbidos almohadones bajo los que solía enterrarme, el aire, cuya respiración ablandaba mi cuerpo, disponiéndolo para el placer. Recuerdo la ensalada de naranjas, y a Farida sentada enfrente de mí, cogiendo una rodaja de pulpa con los dedos, y llevándosela a la boca. Era bereber y habladora, y el zumo le rebosaba por las comisuras de los labios cuando sonreía. Pero había días en los que regresaba envejecido, como arrastrando una inmensidad de poemas tristes, y Farida, como si me leyera el pensamiento, me aliviaba el peso del mundo con un puré de berenjenas del Rif, o una sopa de garbanzos, que eran sus platos-regazo, sus platos-útero donde yo me guarecía. Y entre los días luminosos de la pulpa, y los días aciagos de puré, en los que me confundían demasiadas veces con el poeta portugués, había también otros en los que llegaba con el ánimo propicio para demorarme en un guiso pequeño de caracoles, o *bubbuch*, como los llamaba Farida con su acento suave y susurrante como la arena del desierto. Estos últimos eran mis preferidos, pues eran la antesala de un amor calmo, tal vez porque los dedos, tras múltiples y mínimas extracciones de la sabrosa carne, iban adquiriendo una pericia de prestidigitador o relojero, y luego las caricias nos

salían deliciosamente lentas, como si el afán de precisión fuera más poderoso que el apremio por el deseo.

Su rostro se tornaba grave al indagar en el interior de la concha, y cuando daba con el cuerpecillo, lo sacaba ensartado en la espina de acacia, y lo contemplaba con delectación unos instantes antes de comérselo. Yo solía aprovecharme de aquél ensimismamiento suyo, y sin que se diera cuenta, le subía la cremallera del caftán hasta la cadera, desvelando unos muslos rotundos, color té, cuya hendidura formada entre uno y otro yo solía recorrer, meticoloso, con los dedos, porque albergaban no se qué inconsistencia de nido. Ella fingía enfurruñarse, y encogía las piernas, pudorosa, pero enseguida regresaba al caracol, e iba de éste a mis labios, y de mis labios otra vez al manjar acorazado. Nos besábamos entre dos caracoles, entre dos camisas, y su saliva era espesa y honda como una savia antigua.

La respiración, cada vez más anhelante, le alborotaba los pechos, y yo me complacía en apaciguárselos, conteniéndolos en el cuenco de mis manos como dos animalillos palpitantes. Alguien, un voyeur o un fauno, que hubiese tenido la audacia suficiente como para hacer un agujero en la piel de la jaima, habría encontrado a un hombre flaco y melancólico sosteniendo los pechos de una mujer cuyas areolas se adivinaban oscuras bajo la túnica, y el vientre feraz como un oasis. Un hombre pintado por Velázquez en los brazos de una mujer pintada por Rubens. Y si el voyeur o el fauno, además de ansia, hubiese poseído sensibilidad literaria, tal vez hubiese asociado al hombre de luctuosa fisonomía con un poema de Pessoa, y a la mujer con la prosa henchida de Carpentier.

Farida me despojaba de la ropa pacientemente, y luego se tumbaba entre los almohadones, alzándose el caftán hasta el cuello, y obsequiándome con su desnudo interminable, por el que yo transitaba desde las uñas lacadas de los pies hasta la frente, tesela a tesela, como un fervoroso mosaísta de su cuerpo. Y las tardes transcurrían así, como en una permanente estación tibia, con Farida meciéndome o drenándome o regalándome su cuerpo macerado, y fuera el desierto o tal vez un jardín con piscina, tanto daba. Para los reposos había té con

hierbabuena y pastelillos de pistacho, que comíamos entre risas, con ese hambre que da el amor desafortado.

Y antes del anochecer, la abandonaba.

Entraba en la casa y me duchaba concienzudamente, tratando de quitarme esa impregnación de especias y arena que me dejaban mis tardes en la jaima, para poder presentarme ante la niña Cloe incontaminado, como un recién llegado al mundo. Porque si las tardes pertenecían a la bereber, las noches eran de la niña Cloe. Unas veces me recibía en un saloncito interior de la casa, que yo llamaba el salón-pagoda, y otras, cuando hacía bueno, en un frondor del jardín, junto a un estanque de nenúfares que había hecho construir para nosotros. La niña Cloe era tailandesa y callada. Noche tras noche, al encontrarnos, me empeñaba en coger sus manos para aliviarle aquella helazón perpetua que la acompañaba, pero el frío persistía, y sólo conseguía desazonarme más con aquella fragilidad suya, como de huesos de pajarillo.

La niña Cloe era una niña inverniza y aterida, y a lo mejor por eso siempre había sopa de primero. La que más me gustaba era la de pollo con galanga, tal vez porque significaba la victoria de la sutileza y la elaboración frente a los sabores avasalladores, pues a pesar de cobijarse en ella la acidez del jugo de lima, el ardor del ají y el amargor de la galanga, todo resultaba al final apaciguado -sublimado- por la leche de coco y la albahaca. La niña Cloe comía la sopa en silencio, y cuando me interesaba por cómo había transcurrido su día, o por sus pesquisas para conseguir tal o cual ingrediente, me respondía lacónicamente, y enseguida regresaba al caldo, como si las cosas concretas de la vida no le interesaran. A la niña Cloe había que conversarle sobre el rojo de la habitación roja de Matisse, o sobre el desdén hacia la belleza de Rimbaud o acaso sobre las tonalidades pictóricas de Debussy. Entonces sí. Entonces la niña anciana se sentía como pez en el agua, y cuanto más evanescente era el concepto, más brillante era su disertación.

Recuerdo los cangrejos de caparazón blando rellenos de carne de membrillo, que yo comía con la aplicación de un alumno de biología; o las almejas guisadas con albahaca (otra vez la vida pequeña y escondida), y acaso de

fondo, un piano interpretando las *Pagodes* de Debussy, añadiendo a la escena pigmentos, notas desleídas, y una vaga atonía melancólica.

En las noches de calor nos bañábamos en el estanque de nenúfares. La luna se reflejaba en la superficie del agua, y era como bañarse en un cuenco de leche fría. La niña Cloe tenía un cuerpo cimbreante y dificultoso. Uno tenía la impresión de estar peleándose con él, en lugar de prodigando y recibiendo placer. La niña Cloe se alejaba, inasible, tras una contorsión, y al poco regresaba, juguetona, para provocarme el ansia. Mis manos indagaban en ella tratando de encontrar, entre tanta arista, una convexidad más amable donde demorar la caricia, y cuando daban con ella –un pecho breve o una nalga infantil–, la niña Cloe se dejaba hacer, y se abrazaba a mí con una desesperación de niña huérfana que me conmovía. Me confesaba su miedo al mundo al oído, al tiempo que se afanaba en el lóbulo de mi oreja, lamiéndolo, mordiéndolo, infringiéndome un dolor dulcísimo, que aliviaba luego sumergiendo la cabeza en el agua. La niña Cloe, una vez rendida, hacía el amor con ese apaciguamiento que sobreviene después del llanto prolongado. Sus movimientos, antes nerviosos, se tornaban lánguidos, y sus jadeos débiles como sibilancias de niña asmática.

Ahora, cuando todos los días me duele su ausencia terrible y definitiva, recuerdo a la niña Cloe en trazos blancos y de un azul desvaído, sentada al borde del estanque, que a lo mejor era la piscina, con las piernas sumergidas hasta las rodillas en leche fría, y arriba la luna como una rodaja de coco. Yo estoy detrás, de rodillas, y le peino su melena en briznas, pero mi presencia es tan tenue que casi se confunde con la maraña de verdes oscuros del frondor que hay detrás, pintado en trazos más gruesos.

Trasnochábamos tanto que apenas cerraba los párpados y ya estaba sonando el despertador para ir a la galería. Luego me pasaba la mañana bostezando, y sumido en un estado de somnolencia tal que quizás la gente confundía con abatimiento. Pero no me importaba. Yo era feliz con Farida y la niña Cloe, y el mundo, extramuros, no era más que una muchedumbre de zafios. Cómo llegamos a aquella convivencia perfecta es un misterio que ni siquiera yo he logrado desvelar nunca del todo. Sólo Farida, tal vez por ser la más joven de

los tres, se quedaba triste algunas veces cuando le decía que debía marcharme, pero incluso ella terminaba por aceptar aquellas despedidas en aras de una felicidad mayor.

Recuerdo aquél día, recién llegada la primavera, en que regresé a casa exultante porque había apalabrado la exposición de los desnudos de Egon Schielle, y ella, para festejarlo, me recibió con un cuscus de verduras que ahora, que sobrevivo a base de insípidas omelettes a las finas hierbas, se me antoja un sueño del que he despertado bruscamente. Querría dormirme de nuevo, y regresar a aquél promontorio de sémola en cuya cima, hay sin duda un pollo magnífico, cocido en una melosa salsa de cebolla y pasas. Pero a mí, como al ángel caído, nos está vedado el paraíso, y en las pocas noches en las que me es dado el bálsamo del sueño, veo a Farida comiendo aquel cuscús con las manos, pero sus dedos, al acercarme más, son huesudos, casi arborescentes, como los dedos de Egon Schielle, que él dibujaba todas sus modelos. Ni siquiera su esposa Edith, ni su cuñada Adele (a las que, por cierto, hizo posar juntas) se libraron de aquella obsesión. Veo esos dedos largos y varoniles, de masturbador, con los que Farida se lleva la bola de cuscús a la boca, y despierto sobresaltado y lleno de latidos.

Pero para aquél entonces debían transcurrir todavía dos estaciones para que tuviera lugar la exposición, y durante ese tiempo fui consciente de que era un privilegiado. El paraíso lleva consigo una especie de ebriedad que hace que uno añore la dicha cuando ésta ya ha pasado. Un licor difícil de apreciar mientras se bebe, pero que deja una resaca dulce como algunas lágrimas. Yo sí supe. Soy un hombre lo suficientemente exquisito como para reconocer cuando algo merece degustarse con unción. Sin embargo, el hecho de haber permanecido lúcido en el elíseo no atenúa el dolor de su pérdida, si acaso lo acentúa, como esa mezcla de especias con la que Farida hacía más gustosa la caza, *Ras-al-hanut*, me parece que lo llamaba ella, con una sonrisa maliciosa. Al parecer, alguna de ellas como el cilantro o el pimentón, poseía efectos afrodisíacos.

En aquella primavera -la última ya-, los perales florecieron con tanta rabia que las ramas se combaban de puro grávidas, y la piscina amanecía con un manto de pétalos blancos. La niña Cloe, que andaba entonces teorizando sobre el

delicado cromatismo de las *Ninfas* de Monet, me regalaba algunas noches con una fuente de cerdo dulce con caléndulas, y se melancolizaba fácilmente con el *Clair de lune* de Debussy. Y fue durante el verano, uno de los más calurosos que recuerdo, cuando se dieron algunas señales que presagiaban el desastre. Los guisos de Farida me despertaban una sed terrible, que sólo conseguía aliviar bebiendo litros y litros de té. Incluso su cuerpo comenzó a antojárseme demasiado abrigo, y los almohadones, y el vapor de las teteras, tanto que algunas veces tenía que salir de la jaima, bañado en sudor, y sumergirme en la piscina. Estaba deseando que llegara la noche para poder respirar, y sustituir el ardor de las especias por los mariscos refrescantes de la niña Cloe. Me gustaban mucho los langostinos marinados con coco.

Un día, mientras comíamos, le sugerí a Farida que suprimiera el pimentón en sus guisos, y ella, después de indagarme con los ojos unos instantes que me parecieron años, asintió con la cabeza, en silencio, y terminó de comer sin levantar la vista de su plato. Aquella fue la primera vez en muchos meses que no hicimos el amor. Por la noche busqué consuelo en la niña Cloe, pero ella, al notarlo, se mostró más distante y esquiva que nunca. Aquella china espiritada, como yo la llamaba cuando me enfadaba, era incapaz de mostrar la menor ternura. Decía que el instinto maternal vulgarizaba a la mujer, y que para las carantoñas ya tenía a Farida. Ella aspiraba a ser sublime sin interrupción, rezongaba, no una nodriza.

Por fortuna el verano no dura eternamente. Pronto llegó septiembre, y con él las lluvias devolviéndonos la cordura. Durante unas semanas de paz, nos creímos capaces de olvidar aquellos rencores que habíamos permitido brotar en nuestra casa como malas hierbas. A la niña Cloe le daba por correr desnuda bajo el aguacero, y parecía reverdecida de pronto, como si regresara a aquellas selvas tumescentes de su infancia. A veces se enmarañaba en el frondor, y yo tenía que salir a rescatarla. Recuerdo que la levantaba en vilo, y ella se reía con un gorjeo imperceptible y como avergonzado, que yo atribuía a su falta de costumbre para la hilaridad. El cuerpo de Farida se me hizo de nuevo grato, y todas las tardes regresaba a ella como quien regresa a un limo espeso.

Pero ya nada volvió a ser igual.

En algunos atardeceres, compartiendo un narguile, se quedaba abismada en las volutas de humo, y cuando volvía de sus lejanías lloraba por tener tanta necesidad de mí. Yo fingía no comprender, y ella, colérica, me preguntaba cómo había podido desdeñarla alguna vez, cuando ella se había entregado tan ciegamente. Yo asentía, sin hablar, sin mirarla, y cuando notaba que su voz se adelgazaba, comenzaba a susurrarle promesas al oído que la apaciguaban. Fuera no dejaba de llover.

La exposición de los desnudos de Egon Schielle se inauguró el primer día de Ramadán. Como aquello representaba un pequeño acontecimiento para la ciudad, me vi obligado a invitar a todos esos esnobs e hipócritas que suelen frecuentar este tipo de actos. Todos me felicitaron por haber conseguido traer a un pintor tan importante, y luego, con los dedos grasientos por los canapés, se pusieron a contemplar los cuadros como si hubiera en ellos algún significado oculto que sólo ellos supieran desentrañar.

Al mediodía, Farida, anticipándose como siempre a mi estado de ánimo, me preparó un puré de habas secas que, a pesar de mis protestas, tuve que comer solo, ya que para ella había comenzado el mes del ayuno, y no podía ingerir alimento hasta la puesta del sol. Tampoco mantener relaciones sexuales, ay. Yo comía, pidiéndole perdón por mis ganas, y por su hambre, y ella me disculpaba encogiéndose de hombros, con aquella generosidad a fondo perdido que mostraba siempre conmigo. Por las tardes era al revés. Yo leía a Góngora, que me parecía de lo más disuasorio y anafrodisíaco para estos casos, y ahora era Farida la que me miraba compungida, sintiéndose culpable por hacerme pasar semejante tormento. El sol no terminaba nunca de ponerse, y cuando por fin lo hacía, siempre dudábamos entre desnudarnos ya o comer la Harira, aquella sopa perfumada y picante que era, una vez purificado el espíritu, el modo que ellos tenían de reconciliarse con el cuerpo; y las dos cosas, comer o hacer el amor, lo hacíamos vorazmente, con una saña en el beso o la cucharada que nos dejaba extenuados.



Todas las noches llegaba tarde al saloncito-pagoda, y apenas comía de los platos que había preparado la niña Cloe. No quedaba sitio en mi estómago ni para los más ingrátidos. Cuando terminaba me quedaba dormido, al arrullo de unas notas de Satie. Ella miraba mi plato y callaba.

Pero las cosas nunca llegan a ponerse tan mal que no sean susceptibles de empeorar. Por las mañanas vivía rodeado de aquellas niñas y jovencitas que Egon Schielle recogía en la calle, y a las que luego hacía posar para él desnudas a cambio de techo y comida, y por la tarde me forzaba a una castidad contra natura, teniendo a Farida en la jaima, haciendo aquél olor a pan tan rico, y al día siguiente otra vez a la galería, con todo el tiempo del mundo para solazarme en la contemplación de aquellos cuerpos aliquebrados, enredados, dolientes, con aquellos dedazos que me atraían y repelían en la misma medida, y a la tarde venga a leer a Góngora, y venga a desbaratarme erecciones con sonetos, pero enseguida me regresaban aquellos pezones en carne viva, aquel rouge en los labios de las adolescentes, que las encanallaba tanto, y Farida cada vez más apetitosa de tanto que se resistía, porque luego yo ya no me conformaba con aliviarme así, sin más, sino que además tenía que transgredir de algún modo, e incluso, ahora lo sé, hacer daño.

Y lo hice. Sobre todo a mí mismo. La culpa la tuvieron el ramadán y Egon Schielle, que se dieron juntos, y una tarde no pude más y dejé a Farida durmiendo sobre los almohadones y entré en el saloncito-pagoda, donde reposaba la niña Cloe, y comencé a mordisquearle los dedos de los pies, y luego las rodillas, y ella, solícita, se colocó en aquella postura del *desnudo con turbante verde*, y comenzó a tocarse con aquellos dedazos horribles de masturbador, que debían de tener un tacto entreverado y rugoso y riquísimo, y ni siquiera protestó cuando la saqué al jardín, y la llevé en brazos hasta la jaima; se limitó a observar cómo caminaba hacia mi perdición, como si fuera algo que estuviera escrito en alguna parte, en mis manos, en las hojas del té, en mis sueños, qué sé yo, y a ella, una vez asumido que aquello debía ocurrir, sólo le quedase representar su papel lo mejor posible hasta el final.

Farida dormía todavía. La niña Cloe, al verla, se zafó de mi abrazo con ese vigor que sólo poseen los seres pequeños, y se recostó sobre los almohadones, junto a ella. Por primera vez las vi juntas, como dos mitades de una mujer que hasta ese momento hubiese estado dividida. La mujer perfecta que yo había creado para mí. Cuando la niña Cloe se inclinó sobre los labios de Farida, pude haberla detenido con un gesto perentorio, y sacarla luego de la jaima sin hacer ruido. En vez de eso me arrodillé, y esperé a que Farida despertara, lenta al principio, tratando de habituarse a esa inconsistencia que tiene la realidad recién levantado, y casi al mismo tiempo notando sobre ella aquél aliento novedoso y, qué raro, se diría que frío, pero los alientos no pueden serlo, qué extraño es todo esto, y al final, muy al final, los vagarosos trazos de un rostro demacrado y muy pálido, que acaba de besarme, de besarla, y él está también aquí, de rodillas, ¿por qué no me explica lo que está ocurriendo?, pero enseguida se da cuenta de todo, y algo comienza a dolerle dentro, como unos dedos escarbándole, y quiere quejarse y no puede, y al final se levanta, plegada por aquellos arañazos; a duras penas llega hasta la manta que cierra la jaima y la retira, y entonces escucho cómo nos suplica que nos vayamos muy bajito, casi sin voz. La niña Cloe sale primero. No se miran. Antes de irme quiero decirle algo a Farida, pero ella niega con la cabeza gacha, una y otra vez, obsesivamente.

Ahora, cuando todo es podredumbre, y la gente me confunde tantas veces con el taciturno poeta portugués, tengo sueños en los que Farida regresa por la noche, y me da a probar, como único escarmiento, un pedacito de carne asada muy sabroso. Ella se ríe caudalosamente cuando me la llevo a la boca, y como la miro sin saber a qué atenerme, me explica que es una vulva de cerda lo que mastico.

